

pieron de los guardias que la noche antecedente se habia levantado el Emperador sumamente inquieto; y que luego que amaneció habia dado con furia aquella orden. Que habian advertido en la Emperatriz lágrimas de afliccion; pero que ignoraban el motivo de una y otra novedad. Miseno observó que los conducian con grande cautela, y entreveía que alguna desconfianza inquietaba al Emperador; pero animaba al compañero, diciéndole que nada temiese, pues que no tenia el menor crimen. En estas conversaciones se entretenian, mientras los Emperadores salian á los jardines, donde ellos estaban con centinelas de vista.

LIBRO XIX.

Las furias infernales celebran el triunfo de haber separado al Conde de Miseno.—El Ángel protector de Polonia se destina á defender á este.—Una fantasma nocturna persuade al Emperador que Miseno venia á quitarle la corona.—El Emperador se informa del piloto y marineros, de quiénes eran Miseno y Aymar.—Póneles centinelas de vista.—Tiene noticias que el Sultán de Iconio hacia preparativos de guerra, y que allí llegaron ciertos extranjeros.—Con esto se enfurece el Emperador, y con un puñal quiere matar á Miseno.—Estorba el lance la Emperatriz, y aconseja al Emperador que se examinen los presos separadamente.—En efecto, el Emperador examina al uno, y al otro la Emperatriz.—Los hallan conformes.—Sosiégase el Emperador.—Empieza á idear el Conde, cómo ser rey de Jerusalem ó señor de Cesarea.—Fingen Neucasis y el Conde haber naufragado Aymar y Miseno.—Parten el Conde y Neucasis á Nicea, y queda Elena en Iconio.—Saben que Miseno y Aymar viven, y se turban.—Neucasis persuade al Conde que se ausente luego con Elena, y que él irá á Nicea á confirmar en las sospechas al Emperador, para que cuando presos ó muertos Miseno y Aymar, triunfe el Conde.—Extraña Aymar y Miseno el tratamiento que les dan en palacio.—Son llevados á una cárcel.—Saben la llegada de Neucasis, y el mal informe que dió al Emperador.—Resuelven los Emperadores condenar á muerte á los presos, á ver si la conciencia los acusa.—Finge Neucasis carta del Conde al Emperador contra Miseno.—Miseno y el Embajador son llevados presos delante del Emperador, núm. 41.—Los condena á muerte.—Declara Neucasis contra los reos.—Léese la carta del Conde.—El Emperador se enfurece.—Se informa de la verdad.—Va Neucasis á hablar, y se turba.—Miseno anima al Embajador á padecer la muerte con heroicidad.—Habla Miseno al Emperador, y se ofrece á la muerte, núm. 42.—Pídele que libre á Aymar como á embajador.—Entra de repente Elena en la asamblea, y declara los enredos del Conde y Neucasis, quien cae desmayado.—Pónenlo en la cárcel, y Miseno con el Embajador y Elena son llevados al gabinete del Soberano.

1 Todavía no habian pasado los tres dias que las furias infernales habian pedido de plazo para ejecutar la grande empresa, cuando en las subterráneas cavernas cantaban á su modo con horribles estruendos la victoria de su enemigo poderoso. Estaba Miseno separado del Conde, el uno en términos de perder la vida, y el otro de entregarse mas ciegamente que nunca á sus desordenadas pasiones. El príncipe de las tinieblas les aplaudia la diligencia; mas ellas engolfadas en el gusto de vencer tal contrario, no querian levantar la mano de la empresa hasta conseguir una total ruina. Como lobos voraces y carniceros, que llegan á entrar de noche en el corral de un pas-

tor descuidado, que con los pelos erizados, la boca abierta, ensangrentados los dientes, las fauces alampadas; por una parte y por otra llevan el estrago y la muerte, y cuanta mas sangre derraman, tanta mas sed tienen de derramar mucha mas; así estaban aquellos tartáreos mónstruos sin omitir diligencia alguna para perder á Miseno.

2 Al mismo tiempo se determinaba en el supremo Consejo, que el Ángel protector de Polonia defendiese á aquel su Príncipe con un escudo impenetrable de las infernales saetas, para que ninguno le hiriese. Con efecto, Miseno sentía los repetidos y violentos impulsos de los golpes, mas no hallaba su corazón herido, y mucho menos envenenado, como veía los de los otros, que á su lado andaban perdidos y furiosos.

3 Tal estaba el corazón del Emperador, que no cabía en sí de susto, de perturbación y rabia. Había oído tranquilamente lo que la Emperatriz le había dicho de los servicios que Miseno había hecho á su padre y abuelo, por lo que estaba inclinado á favorecerle y honrarle; pero una visión nocturna le desconcertó el ánimo, y encendió tal fuego en su corazón, que interiormente se lo devoraba. Descansa, le decía aquella fantasma nocturna, descansa sobre tu perdición, que cerca estás de ver con tus ojos el trono de Nicea, como viste el de Constantinopla. El mismo que fue instrumento horrible de tu destroz en Europa, te viene ahora á perseguir en Asia. Tú bien sabes que por sus abominables consejos pasó el trono de tus padres á las manos de Balduino, conde de Flandes. Otro Conde vendrá á arrancarte de las tuyas el cetro; ese mismo cetro miserable, que tú, fugitivo de tus propios Estados, apenas pudiste empuñarle en Nicea. Si tanto mal te causó este detestable hombre, cuando su malicia no tenía motivo para el odio, ¿qué hará ahora, que está justamente ofendido de tu padre y abuelo? Bien sabes que por amor de ellos estuvo en una prisión largos tiempos, y que en ella le dejaron indignamente cuando se vieron sobre el trono. Ahora, pues, viene á vengar en los hijos las ingratitudes paternas, y desea abolir del mundo hasta la memoria de Isaac Ángelo. Despierta, pues, abre los ojos, infórmate del piloto y compañeros que con él naufragaron, y verás cuánto arriesgas, si no aseguras la vida y la corona, enviando á la region de los muertos á tan gran contrario. Una Elena de Constantinopla hizo triunfar la Religión en Asia, otra Elena puede ser que sea ahora la ocasion de tu mas funesta caída: así hablaba el espíritu del error al Emperador que dormía.

4 No parte con mas violencia el venado herido de una penetrante saeta, que salió el Emperador á examinar la verdad del sueño: todo lo halla pronto; todo se ofrece á sus pasos, y todo parece prevenirle sus deseos. El piloto y los dos marineros se paseaban por la plaza real, gozando del fresco de la madrugada: el ministro se halla en palacio para otro negocio muy diferente: la Emperatriz afligida con esta idea, á todos los hace venir á su presencia para disuadirle de la ilusión nocturna, y Teodoro quiere examinar el caso por sí mismo delante de la Emperatriz y de su confidente. Para eso finge un aspecto sereno delante del piloto y de los marineros, promete premios si le descubren la verdad, y les pregunta: ¿quiénes eran aquellos dos pasajeros que en su navío naufragaron? Ignoramos, le dicen, su nacimiento y carácter; mas de la conversacion que entre sí han tenido los pasajeros en cinco dias de viaje, colegimos que el mas mozo partió del Asia, fué á París á tratar grandes negocios, y segun parece los ha concluido; y segun las palabras que ya por aquí, ya por allí se le han escapado, denotan que cierto caballero de Europa debe venir á empuñar el cetro aquí en Asia. El mas viejo debe ser el consejero, y como el primer ministro de ese Estado. Otros pasajeros faltan, que tambien venian, y que naturalmente habrán perecido en un esquife, en que se andaban divirtiendo con el capitan, pescando tortugas. No sabemos quiénes sean, ni á qué vienen; mas nuestro capitan los obsequiaba como á personas de gran calidad, y juzgamos que tal vez sería sabedor de sus secretos.

5 ¿Y qué título tenía ese caballero que viene á reinar en imperio ajeno? (les pregunta el Emperador enfadado). Muchas veces lo nombraban, y siempre con el título de Conde, respondió el piloto. Aquí el Emperador casi cayó desfallecido, viendo que el sueño se iba verificando en todo. Entonces el confidente prosiguió la averiguacion; preguntando qué nombres y qué títulos tenían los dos pasajeros que faltaban. Elena, le dicen ellos, se llamaba la señora; y al caballero solamente le daban el título de Conde. Aquí perdió los sentidos el Emperador, la Emperatriz quedó desmayada, y el valido confuso; de suerte, que por todo el palacio se extendió la perturbacion y el desorden. Recobrado el Monarca del desmayo que le ocasionó el susto, dió orden para que saliesen postas á todas las costas y ciudades marítimas circunvecinas, y que en el interin Aymar y Miseno fuesen detenidos en palacio con suma atencion y cautela, y siempre con centinelas de vista.

6 En el mismo dia, año 1206, llegaron noticias muy ciertas al

Emperador, que *Soliman de Rovadin*¹, sultan de *Iconio*², poco distante de Nicea, hacia grandes preparativos de guerra, sin que se supiese el fin ó designio de sus armas. *Raimundo*, conde de Trípoli³, habia solicitado ocultamente á Soliman para que le diera socorro contra *Livon* ó *Leon*⁴, rey intruso de la Armenia Menor⁵; mas este destino era oculto, y ninguno podia adivinar la causa de las grandes prevenciones que se hacian en *Bitinia*⁶ para esta importante guerra. Menos bastaba para poner en tormento un corazon ya perturbado con el susto de perder el trono, porque un ánimo preocupado con alguna idea todo lo dispone de modo, que á cada noticia se confirma mas en ella.

7 El dia siguiente llegó otro mensajero con aviso cierto de que los dos naufragantes Elena y el Conde habian escapado de la furia de las ondas; y que habiendo enviado desde Esmirna el equipaje del navío con muchas cartas á la república de Venecia, habian tomado por tierra el camino de Iconio, donde se hallaban protegidos y estimados del Sultan. Nada faltaba para unir todos los sucesos, y hacer á Miseno autor é instrumento de una horrible conjuracion.

8 Como mastin irritado y rabioso, á quien un veneno roedor y mortal le despedaza el corazon cada vez que respira; que corriendo sin tino á una parte y á otra, todo lo embiste y derriba; todo lo muerde y despedaza; que con la boca abierta, los dientes agudos, la lengua colgando y palpitante, ya se precipita en los valles, ya aparece en los cerros, ya atraviesa los montes, siendo al mismo tiempo el ter-

¹ *Sultan de Rovadin*; el *Arte de verificar las datas* le llama *Rokneddin*. Luis de Mármol *Rubretino*: reinó desde 1204, y fue el mas poderoso despues del sultan Saladino. Poseia la *Licaonia*, *Pisidia*, *Capadocia*, *Panfília* é *Isauria*.

² *Iconio*, hoy *Cogni*.

³ *Raimundo III*, hijo de *Bohemundo III*, príncipe de Antioquia, sucedió el año 1187 á *Raimundo II*, no en el reino de Trípoli en Berberia, que es muy distinto, sino en el condado de Trípoli, que comprendia muchas plazas á lo largo del mar de Fenicia, en la antigua Siria desde *Maraclea*, hasta el rio *Adonis* de donde comenzaba, que llamaban entonces reino de *Jerusalen*.

⁴ *Livon* ó *Leon I*, despues de haber sufocado á *Rupin* su hermano mayor, se hizo declarar rey por Oton, cuarto emperador; le ciñó la corona Conrado, arzobispo de Maguncia, año 1119, y reinó veinte años.

⁵ La *Armenia Menor* está al Oriente de *Capadocia*. El *Eufrates* la separa de la Mayor (donde se dice que estuvo el paraíso), y está al Norte de *Cilicia*, *Nicópoli* ó *Granich* fundada por Pompeyo; es una de sus principales ciudades.

⁶ *Bitinia*, provincia de la Natolia, tiene al N. el Ponto Euxino, y el mar *Mármora* la separa de Tracia. Fue su capital *Buroa*: hoy lo es *Nicomedia*, donde murió el gran Constantino año 337.

ror de las ovejas que antes guardaba, y de los lobos sus enemigos; que no reconoce pastor, mayoral, ni zagal, y que exhala y esparce por todas partes el mismo contagio que le devora; así era el emperador Teodoro. Su misma esposa temia, sus confidentes se retiraban, su semblante era otro, negro, pálido, triste, furioso, inconstante, inflexible y airado; por cuantas partes pasaba dejaba el horror y el miedo: ya salia, ya entraba, ya sube, ya baja, cierra, vuelve á cerrar, abre, y todo lo hace con ímpetu, y en todo muestra furor: unas veces corre como loco por los campos, otras se cierra en su gabinete, y desde afuera se oyen unos ayes tan sentidos y unos gemidos tan descompasados, que parecen bramidos; en fin, casi frenético no admite consejo, á ninguno lo pide, á ninguno escucha. Ved aquí que toma un puñal, y sale furioso á ver si le puede quitar la vida á Miseno, como á origen de todos sus cuidados.

9 Abre la puerta con ímpetu y encuentra á la Emperatriz, la cual viéndole en aquella resolucion, ni quiere reprimirle, ni dejarle seguir su furor ciego; solo le dice con suma prudencia: Si Miseno es reo de crimen tan enorme, la muerte únicamente será digno castigo de su delito; mas eso no basta, conviene sobremanera que antes que él perezca, averigüemos cuáles son los cómplices de conjuracion tan detestable. Como él no sospecha desconfianza en nosotros, fácilmente le sorprenderemos en las preguntas. Este exámen y castigo conviene que no se difiera, ni que se encargue á otro, y córtese la cabeza á la *hidra** antes que llegue á formarse del todo; de otra manera, si una se corta, nacerán otras de su cuerpo despedazado. Hagamos, pues, que los dos compañeros se separen, y cada uno de nosotros examine el suyo, sin que ninguno de ellos sepa del exámen que se le hace al otro. Por este medio en la contradiccion indispensable hallaremos la prueba de su crimen, el cual yo quiero ayudarnos á castigar, porque debe hacerse sin tardanza un escarmiento. Dadme ese puñal, arma propia para quien la ha de ocultar bajo el traje femenil, porque vos ya tenéis en esa espada que ceñís instrumento suficiente para la venganza. Escoged de los dos á quién queráis examinar, que yo me encargo de preguntarle al otro: para mayor diferencia, yo llamaré á mi gabinete á uno de ellos, donde le recibiré con benignidad; y vos podréis fingir que casualmente encontráis al otro, y así en un instante será descubierto el delito, y el peligro cautelado.

10 Aprueba el Emperador el consejo, y sosegada algun tanto su cólera, manda que lleven luego á Miseno á su presencia, y al mis-

mo tiempo sale la Emperatriz á hacerse en contradicción con el Embajador. Apenas Miseno comparece, se siente otra vez el Emperador perturbado; pero ahoga cuanto puede la ira y el furor dentro del pecho, y le dice de esta suerte:

11 Ya sé, caballero, cuántos servicios habeis hecho por la corona de Constantinopla que mis abuelos gozaron; pero no sé cuál deberá ser la digna recompensa de vuestros servicios, ni cómo podré purificar á mis antepasados de la nota de ingratos en que cayeron. Ignoro vuestro nacimiento y estado, vuestros designios y deseos, y solo esto me impide que os dé testimonio de mi estimacion como á persona tan benemérita. Decidme, pues, de dónde venís, á dónde se dirigen vuestros pasos, y qué deseais de mí, porque os juro delante de los cielos que me ven, que no tardaré un instante en trataros como mereceis. Aquí, á pesar de todo el disfraz, percibió Miseno que estaba el corazón del Emperador alterado, y que las palabras honrosas que le había dicho eran simulacion de un ánimo dañado: mas haciendo la reverencia debida á la persona del trono, respondió con aire libre y desembarazado:

12 Mi nacimiento, señor, solo lo podréis saber por mis acciones, porque despues que me gobiernó por la razon, y le sacrificué las pasiones de la mocedad, mis obras son mis únicos ascendientes. Quiero ser estimado por los espíritus de mi alma, y no por la sangre que vivifica esta masa de tierra que traigo arrastrando. Puede ser que si supiéseis qué progenitores me dieron la vida, no me halláseis indigno de vuestra estimacion; pero desprecio lo que la ciega naturaleza me dió, y solo hago caso de lo que yo puedo dar á la naturaleza, honrando con mis acciones mi propia sangre. En traje de cazador me encontré en la Silesia el príncipe Alejo vuestro padre¹; ocupóme, le serví. Me costó este servicio una mazmorra, y en ella tuve el consuelo de alentar y consolar á vuestro abuelo. Mas en esto solo hice lo que debía en obsequio de un príncipe reducido á situacion tan deplorable. Si quedé en la cárcel, despues que hijo y padre fueron exaltados al trono por mis servicios, fue sin duda disposicion de la suprema Providencia, que tiene buen cuidado de curar con los trabajos de la vida nuestros defectos; y no penseis que fue ingratitud de príncipes tan beneméritos. Obré sin la menor idea de recompensa, y ni me arrepentí de lo que hice, ni me admiré de lo que no hicieron; «pues el estado feliz por que suspiro, no depende de los demás; de mí solo y de Dios es de quien pende. Haga yo lo que debo

¹ Vid. lib. III, núm. 42.

«á Dios, á mí mismo y á los hombres, entre quienes vivo, que el obrar siempre bien hará mi felicidad, y no el que ellos me sean «agradecidos¹.»

13 Siguiendo yo estas máximas, encontré un desgraciado que tenia necesidad de mí, y viendo que podia contribuir á su felicidad, no quise negarme. Fue este el Conde de Moravia, á quien amo como á hijo: pidióme que le acompañase en la jornada que hacia á la Palestina, á causa de un voto con que se obligó á los cielos á sacrificar su vida por rescatar del poder de los bárbaros el sepulcro del Salvador. Lo pensé, dudé, reflexioné; mas en fin me resolví á condescender. Nos embarcamos, y encontramos casualmente en la nave al embajador, que la nueva Reina de Jerusalem enviaba á Filipo Augusto, para pedirle un marido digno de aquella corona, capaz de recobrarla y asegurársela en la cabeza. Venia con él su mujer Elena, señora de Cesarea; y por un caso bien singular el Conde de Moravia, Elena y el capitán, con la mayor parte del equipaje del navío, se separaron de nosotros bajando á la lancha para divertirse en pescar tortugas. Una pesadumbre, que reinaba entonces, adormeció al piloto y á los pocos marineros que nos habian quedado, sobrevino la noche, la confusion y una tormenta, y no volvimos á verlos. El navío dió en la costa: solo deseamos saber ahora si por las playas de vuestros Estados se hallan vestigios de su naufragio, ó noticia de su vida, para determinar lo que habemos de hacer. Si son muertos, el Embajador tomará el camino por tierra para dar parte á la Reina, de que el conde de Flandes Juan Brienna está nombrado para ser su esposo, y que brevemente vendrá con poderosa armada á San Juan de Acre, y yo me retiraré á Polonia para acabar mis dias en paz; mas si ellos viven, proseguiremos nuestro primer destino. Esta es, señor, la respuesta á todas vuestras preguntas.

14 Aclárase muy de prisa el cielo nublado, que con denegridas nubes amenazaba estragos y muertes, cuando viene del Septentrion el benigno céfiro, y sopla sereno y constante. Pero aun fue mas pronto el efecto que hizo en el ánimo del Emperador esta relacion de Miseno.

15 En este mismo tiempo, cual armoniosa cítara que responde en lugar distante á las voces de otra que está acorde, hablaba Ay-

¹ Deum time, et mandata ejus observa: hoc est enim omnis homo. *Hæc est ejus felicitas.* (Eccles. xii, 13; Duhamel in proem. huj. lib.). En efecto, tan cierto es que en esto consiste la sólida felicidad del racional, que el que siempre viva así, siempre será feliz, ora viva en poblado ó en soledad.

mar, respondiendo á la Emperatriz lo mismo, bien que con estilo diverso. Oyele esta señora atenta y admirada, y volando va á dar parte de lo que pasaba á su esposo, el cual confuso tambien con la sinceridad de Miseno, no acertaba á responder sino palabras sueltas é indeterminadas: retirábase para saber de la Emperatriz la verdad, y encontrándose con ella, quedan los dos suspensos viendo que las relaciones en nada habian discrepado; pero como la sospecha habia labrado en los corazones de los Monarcas, y el susto habia echado en ellos muy profundas raíces, determinaron ambos cuidadosos, que Miseno y Aymar fuesen custodiados en palacio con tratamiento de amigos y cautela de enemigos, hasta que viniendo los otros compañeros, que estaban en Iconio, se declarase la verdad, y fuese Miseno galardonado segun lo mereciese. No podia ocultárseles esta desconfianza á los que la habian visto en las preguntas y en los semblantes de los Soberanos. El Embajador se afligia infinito, y su corazon, segun él decia, no podia sufrir tan continua y porfiada persecucion de los hados. Miseno le sosegaba, probándole que nada sucedia sin causa, y que todo cuanto permitia el supremo Gobernador del mundo era con razon muy fuerte, sábila, justa, y en fin digna de su rectitud. Añadia, que les podria venir el mal por lo que ellos hiciesen por su propia voluntad; pero no por lo que disponia y ordenaba la suma bondad, sin que ellos la irritasen. Con estos y otros discursos semejantes lo entretenia Miseno.

16 Al mismo tiempo Elena, el Conde y Neucasis se hallaban en Iconio protegidos del Sultan, pero inciertos de la vida de Miseno y de la del Embajador. Todas las circunstancias les persuadian que se habian ido á pique; mas Elena conservaba una pequeña esperanza, fiada en que Dios protegia á Miseno, y que su marido gozaba de su compañía. En medio de las lágrimas y de los suspiros le venia de cuando en cuando, como de relámpago, una alegre idea de que ellos estaban vivos; mas luego desaparecia, porque el Conde se esforzaba á persuadirla que sin la menor duda habrian naufragado. Cada momento era mayor en él la esperanza de llegar al trono de Jerusalem; y para obligar á Elena á que cooperase á la mentira, no habia servicio que no la hiciese. Quería ganarle el corazon, estando cierto que una vez conquistado, seria señor de su entendimiento, y le haria aprobar los mayores absurdos, hasta empeñarse en hacerle creer á la Reina que él era el príncipe destinado por el Rey de Francia para su tálamo, y que habiendo perecido la mayor parte del equipaje en un general naufragio, ellos por la proteccion suprema,

con que el cielo ampara á los Soberanos, habian sido preservados. 17 Estos eran los proyectos que ideaban en su fantasía el Conde y su confidente Neucasis: nada era tan cierto en su opinion como el naufragio de sus dos compañeros, nada tan fácil como la ejecucion de su atrevido pensamiento. Con esta idea fingieron que acababa de llegar cierta embarcacion que habia salido de Constantinopla, la cual aseguraba haber encontrado pedazos de un navío veneciano, segun las letras y el emblema de la República que en la popa se leian; y que en estos términos la desgracia de sus compañeros Aymar y Miseno era indubitable.

18 Esta noticia tan bien temida dejó el entendimiento de Elena incapaz de discurso alguno, y toda absorta en el sentimiento se entregó á la direccion del Conde, á quien pedia con lágrimas, que como caballero noble no la desamparase en países extraños; y pues que la Providencia la habia conservado en su compañía, no era justo que olvidado de su sangre y de la nobleza de su corazon, la dejase expuesta al rigor de los hados.

19 Mucho menos bastaba para levantar en el corazon del Conde las mayores esperanzas. Oficioso, diligente y amante se habia transportado á Iconio con la Embajatriz, y querian seguir el camino de Cesarea¹: mas cuando se disponian para partir, llega un enviado del Emperador de Nicea, quien pidiendo pronta audiencia al Sultan, le habló así:

20 Nada, señor, conviene tanto á los príncipes soberanos como conservar entre sí una recíproca amistad, que hace la basa de la felicidad de sus Estados, principalmente vecinos. El Emperador mi amo está bien cierto que de vuestra parte no puede haber la menor inconstancia, ni injusticia para romper sin causa la dulce armonía de la paz en que con vos ha vivido tanto tiempo²; pero recela que algun espíritu turbulento haya sembrado, sin que él lo sepa, alguna discordia, cuyos daños es mucho mejor prevenirlos que remediarlos. Como sabe que haceis grandes preparativos de guerra³, é ignora el destino, me envía á aseguraros de nuevo su amistad, y pedirlos que tambien le asegureis nuevamente la vuestra con palabra real, ó

¹ Cesarea queda sobre la orilla oriental del Mediterráneo en la Siria, entre Jaffa ó Jope, y San Juan de Acre, poco distante de Jerusalem. Hay otra Cesarea en el Ponto, otra en Capadocia, y otra en Mauritania.

² Habian sido muy enemigos el Sultan de Iconio y el Saladino de Egipto; pero empezaron á vivir en amistad tranquila desde el año 1189, en el que Melique, hijo mayor del Soldan, casó con una hija de Saladino. (Ab. Choyssi).

³ Véase el núm. 6 de este libro.

que le declareis el motivo de vuestra intencion, si acaso quereis romper con él; que para su sosiego, y al mismo tiempo para prueba de vuestra amistad, solo os pide le enviéis ciertos naufragantes, que en una nave veneciana salieron de *Akerman*, y por casualidad se hallan refugiados en vuestra corte; que él os asegura con su palabra imperial el salvoconducto de sus personas, y que si ellos lo desean, el Emperador dentro de ocho dias os los remitirá sanos y salvos; lo que, si es preciso, yo de su parte lo firmaré por escrito en vuestra presencia y en la de ellos, antes que de aquí salgan.

21 Oyó el Sultan esta embajada, y confuso de la peticion del Emperador, mandó venir á su presencia al Conde y á Neucasis para informarse de ellos, si acaso temian ir á Nicea, pues el Emperador lo pedia, ofreciéndoles salvoconducto; y respondiendo ellos que nada recelaban, ordenó el Sultan que partiesen con el enviado, afirmando de nuevo al Emperador, que nunca habia tenido idea de quebrar los fueros de la amistad que con él habia pactado.

22 Obedecen el Conde y Neucasis; pero Elena, que por su sexo debia estar exenta de semejantes órdenes, se detuvo en Iconio. Pero queda afligida y confusa, revolviendo en su imaginacion mil pensamientos, los cuales apenas apuntaban, cuando ya desaparecian como vapores vagos, que solo servian para ofuscarle la luz de la razon y distraerla; mas no para fijar el discurso, ni consultar su inteligencia. Absorta en la triste idea de la muerte de su esposo, y de los cuidados que se le seguian, no le habia quedado otro alivio sino el amparo del Conde, quien por su sangre, á mas de su amable índole, se habia ofrecido y obligado á acompañarla hasta dejarla en descanso; pero ahora todo lo perdía á un mismo tiempo, y quedaba sola en tierras extrañas y entre gente bárbara. La pasion del amor ya habia comenzado á disparar contra su castísimo corazon saetas doradas, cuyas heridas casi imperceptibles le iban comunicando un dulce contagio que labraba en su interior, mas tan ocultamente, que no se dejaba conocer ni aun de la misma enferma que lo padecia. Este veneno oculto aumentaba mas su pena, y lentamente la disponia para seguir despues sin resistencia los consejos del Conde, que era toda la grande empresa de esas infernales furias.

23 La misma inquietud reinaba en el corazon del Conde, que caminaba siempre pensativo: y con tan grandes instancias preguntó á Teobaldo, enviado del Emperador, el motivo de aquel empeño, que Teobaldo no pudo ocultárselo. Dijole que el Emperador deseaba su declaracion y la de Neucasis para conocer, ó la verdad ó la malicia

de dos presos que estaban en palacio, con el fin de castigar con la muerte sus mentiras, ó de premiar con honores y gracias sus méritos y virtudes. Muy enredado se ve el Conde con esta noticia, y no puede ocultar la perturbacion que le causaba, por mas que lo procura. No quedó menos inmutado Neucasis; porque como continuo observador de los movimientos del corazon del Conde, llegó sin duda á penetrar la causa del cuidado que á este le afligia.

24 Y como un edificio temerario y levantado que sobre columnas altas, descolladas y débiles sube hasta las nubes, y al impulso de un fuerte huracan se ve reducido á ser triste y horrible monton de ruinas, así cayeron las elevadas ideas del Conde, cuando supo que aun vivian el Embajador y Miseno. Neucasis previendo que su fortuna dependia solo de la del Conde, sin pararse en el horror del crimen, se determina ambicioso á perder á Miseno y al Embajador; á este fin, con pincel artificioso y los colores mas vivos, le pinta al Conde la ruina que le amenazaba, si aquellos no perecian. Ponderábale cuál seria el odio de Elena, si ella llegaba á conocer que la habian engañado maliciosamente con la falsa noticia de la muerte de su esposo; y valiéndose de todos los artificios de la mentira y artes de la lisonja, queria disuadirle de la jornada de Nicea, obligándole insensiblemente á tomar la resolucion violenta de retirarse con Elena, y dejar serenamente perecer á entrambos presos por las desconfianzas del Emperador.

25 Entonces el espíritu del engaño valiéndose del juicio y de la lengua del veneciano astuto, habla al Conde de este modo: Vos seréis de aquí adelante el horror de Elena, cuando comenzáreis á ser todo su consuelo, y teniais esperanzas de llegar á ser su esposo. ¿Cómo podréis presentaros delante de Aymar, á quien su esposa comunicará ciertamente vuestros proyectos? Creed que ella actualmente no os desaprueba del todo; solo se detiene en la dificultad de poder salir bien de la empresa. Ya no reprueba aquellas ideas que en el navío desaprobaba, que tanta mudanza sabe hacer el amor. Sabed que ayer llegó á confesarme que la naturaleza os habia favorecido mucho mas que al Conde de Brienna, y que si la Reina hubiese de hacer la eleccion por sí misma, sin duda seríais vos el preferido; y concluyó diciendo friamente, que el remedio seria bueno para deseirlo, pero que ya era imposible. Yo no os habia comunicado este secreto hasta ahora, porque queria daros parte, cuando despues de concluida mi negociacion, os pudiese dar una muy gustosa y feliz respuesta. Ved lo que se pierde ahora por una circunstancia que no se pre-